

Enrique
Llamas

TODOS ESTÁBAMOS VIVOS

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Enrique Gutiérrez Llamas, 2020
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2020
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-821-2
Depósito legal: M. 17.769-2020
Printed in Spain

*Para Ana García, Ana Martín-Romo, Carlos Ciriza,
Jorge Calín, Pablo Álvarez y Tamara Raposo.
Imaginar su ausencia costó las páginas de este libro.*

Y para el Ángel, que me dio título y voz

... pero la vida nos sorprendió alternando los funerales de nuestros
amigos con los de nuestros abuelos.

CLARA USÓN, *El asesino tímido*

... si cuando ve que me enfrío
se abrasa de vivo fuego,
y cuando ve que me abraso,
se hiela de puro hielo.

LOPE DE VEGA, *El perro del hortelano*

Los funerales de los amigos

Los músicos mueren. La música no.

Eran las seis de la mañana del 1 de enero de 1980. En Madrid, en aquel chalé de la avenida de Pío XII, la celebración por el comienzo del año empezaba a declinar. Conscientes de que únicamente les quedaban diez años de la década, muchos quisieron rebañar la noche, subir a los coches, conducir cuarenta kilómetros hasta la sierra, a Villalba, en donde decían que iba a continuar la fiesta. Algunos decidieron quedarse en Madrid, y otros se distribuyeron en cuatro coches y emprendieron camino.

Cuando estaban muy cerca ya, a la altura de La Navata, los dos vehículos que iban delante se detuvieron: un Volkswagen Golf, conducido por Antonio Yenes, batería de Mermelada, y en el que también viajaba, entre otras personas, Marta Vega, hermana de Antonio, y un Ford Fiesta manejado por Canito, voz y batería de la banda Tos, que iba con su novia, María José. Conducían rápido y habían dejado atrás a los otros dos turismos.

Canito —20 años, casi un niño— abandonó su coche para discutir con los ocupantes del Volkswagen sobre cómo llegar a su destino final. El frío aire que estrenaba el año les envolvía. Segundos después, un Seat 1430, conducido por un muchacho borracho que al día siguiente debía regresar al servi-

cio militar, se salió de la carretera y embistió al Golf, que acabó volteado.

El cuidado propio siempre depende del ajeno; sin embargo, esto es algo que se tarda en aprender. Se aprende, por ejemplo, cuando un coche es embestido y golpea a su vez a un joven cantante y compositor que sale despedido y aterriza de cabeza contra una piedra.

José Enrique Cano Leal, Canito, no murió en el acto, pero lo hizo dos días después. No llegó a entender que los años nuevos enseñan a los vivos cómo evolucionan y crecen los miedos.

Sí lo aprendieron sus compañeros de Tos: Javier, Álvaro y Enrique Urquijo. Ellos se apresuraron a organizar un concierto homenaje al fallecido, que tendría lugar en la Escuela de Caminos donde, auspiciados por José Antonio Torroja —quien más tarde sería director del centro—, tocarán varios grupos del entorno de Canito.

Tras el concierto, Tos se reinventó, consiguió un nuevo batería y empezó a funcionar bajo el nombre de Los Secretos. Años más tarde, Pedro Antonio Díaz, el nuevo batería de la banda, fallecerá también en un accidente de tráfico.

Para entonces, el «Concierto Homenaje a Canito» ya era considerado el inicio de la llamada Movida Madrileña, un movimiento cultural que chocó de lleno con la España del momento y que ha sido contado, únicamente, por aquellos que lograron sobrevivirla.

Primera parte
La realidad

uno:
El cuarto de atrás

La última vez que la señorita Adela despertó lo hizo empapada en un sudor ligero que se escurría por su cuerpo como agua bautismal. Era un sudor abundante y amargo, tan fluido que parecía salir del interior de la almohada donde apoyaba la cabeza. Había dormido envuelta en la piel de otra: un abrigo de astracán que ahora, bajo su sudor, estaba apelmazado y sucio. La última vez que la señorita Adela despertó, que fue aquella, quiso mover sus piernas para bajarlas de la cama y tocar suelo, pero se dio cuenta de que estaba tumbada sobre la moqueta del cuarto de atrás.

Cierto temblor empapaba el aire, pero fue el vacío que la llenaba lo que la hizo despertar y salir de aquella habitación por última vez. Llevaba consigo la única copia de la llave que abría esa puerta.

A la mañana siguiente, tras conocer la muerte de su hija, la propia marquesa llamó a Aldo Sampedro para que reventara el candado del cuarto de atrás. Nada más colgar se encargaría ella misma de cortar todos los cables de teléfono de la casa.

La patada con la que un repentinamente no tan joven Sampedro abrió aquella puerta resonaría en todo el vecindario. Alcanzaría tanta fama que hoy en día se sigue hablando de su

estruendo como de un lugar casi físico donde muchos situarían, con el tiempo, la inauguración oficial de la década.

Y sin embargo, la tarde anterior a aquel ruidoso comienzo, en la que Adela salió por última vez del cuarto de atrás, también había sido el último día para Siberia. Antes de haberse calzado las botas altas, atravesó a buen paso el túnel que conectaba Lagasca con el parque del Retiro. Siempre le había gustado aquel pasadizo, que de niña imaginaba como un atajo.

A Siberia el túnel le gustaba porque le hacía salir del mundo brillante de las gominas, del aura de las lacas, a un parque enorme, verde, en el que si andabas en línea recta acababas en otro mundo de gente que dejaba su pelo rizado secarse al aire. El corazón se le ensanchaba al salir del subterráneo. Sin embargo, aquella tarde, camino de convertirse en sí misma, había cruzado el túnel solo por un automatismo.

Sí se había dado cuenta de que aquel pasadizo parecía haberse estrechado. Hacía tiempo que era habitual ver en él a personas delgadas hasta la extenuación, delgadas sus mismas sombras, que intentaban levantarse del suelo mientras sacaban fuerzas de un sumidero que se las tragaba día a día. Tenían las pupilas mermaidas, como puertas abiertas por donde se escaparan con una mala corriente las ganas de vivir. Sus miradas, como vidrios de sacristía, eran opacas, y encontraban en el subsuelo un último refugio. Ocultaban su muerte como hacen los animales.

Las niñeras habían dejado de pasar por aquel túnel con los carritos; sus señoras preferían que las empleadas se arriesgaran a cruzar por el tráfico de la calle de Alcalá antes que pasar a las criaturas por aquel museo de cadáveres prematuros. Los atracos también habían empezado a ser frecuentes.

Al otro lado del subterráneo, y ya dentro del parque, Siberia anduvo con la mirada paralela a la verja, sin separarse de

ella, con miedo a perderla, al igual que los niños nadan sujetos al borde de la piscina. Cuando llegó a la Puerta de Alcalá intentó correr, pero un dolor agudo se lo impedía.

Acababa de preguntar en un quiosco la hora. No llegaría puntual, pero sabía que se lo perdonarían, por eso se permitía no llegar en línea recta a la casa de los que eran ya sus mejores amigos, donde tan bien la conocían. Quería que sus pasos dieran un rodeo, que culebrearan: quería que la señorita Adela no la siguiera.

Media hora más tarde, tras estudiarse en el espejo, tras reconocerse y no, Siberia dejó esa casa, y los recuerdos que allí había acumulado junto con su gente querida, y regresó por última vez a la calle. Ric la acompañaba. No había desaparecido su temblor a pesar del Sosegón que su amigo le había ayudado a pincharse. Había tomado también un Optalidón para intentar olvidarse del dolor que cada vez se clavaba más en sus entrañas. Sin embargo, era aquel concierto de la Escuela de Caminos lo que la preocupaba: la gente, el público y aquel grupo, Afasia Total, que debutaba con un nuevo vocalista. Al andar, Siberia intentaba mantener las piernas rectas. Quería que ese dolor que la invadía, como un cilicio, la hiciera más fuerte.

Llegaron con el concierto ya empezado, claro, pero no les importó. Juanma y Emilio, de Los Elegantes, los dejaron pasar igual. A ellos dos los habían conocido en Nochevieja, al igual que al homenajeado, aunque con este no habían llegado a hablar.

En cualquier caso, con que los vieran sería suficiente. El «Concierto Homenaje a Canito» era el lugar en el que estar; por él desfilaría todo el mundo o, al menos, eso le habían dicho a ella.

Afasia Total apenas sonó. Fue esta la última decepción de Siberia, que había imaginado muchas veces ese momento. Tantos, con tanta variedad de resultados, que creía haber contem-

plado todas las posibilidades. Había imaginado, con cierta rabia, que Teo hubiera resultado un cantante excepcional; había imaginado que fuera un desastre; había imaginado, incluso, que finalmente no cantara o que ella misma llegara tarde a la actuación y que se la tuvieran que contar. A pesar de esto, a pesar de todos los supuestos, a pesar de la música rítmica y de la música desacorde que había imaginado, Siberia se encontró con ausencia de sonido. No tocaba aquella banda ni bien ni mal. No hubiera sabido nadie decir si ni siquiera tocaban porque no habían sonado. No sonaban. Afasia Total no sonaba por mucho que te acercaras al escenario. Valía más la pena contemplar sus mallas rosa puñeta, sus peinados secos y cardados, sus collares y pulseras de los que salían pinchos como alambradas. Su maquillaje blanco, sus ojeras marcándoles la cara. El puñetazo que ya se extinguía y que habían exagerado con sombra de ojos en el rostro de Teo. No sonaban. Imposible tararear sus acordes, cantar sus letras. Y, sin embargo, al final de la actuación, una melodía familiar consiguió que Siberia sí entendiera algo de aquella música. Unos acordes que identificó y una letra que era la primera vez que alguien cantaba en un concierto, pero que ella conocía:

Una niña pera, sin ganas de crecer.
Viene detrás de mí con ganas de querer.
Solo lazos de raso se sabe poner:
se los quieren cambiar por cintas de lamé...

Siberia anticipaba con un ligero movimiento de labios las palabras de aquella estrofa. Cuando se cercioró de lo que estaba escuchando, se giró a Ric:

—Ric, Ric, joder, no me lo puedo creer.

El aplomo con el que la joven quería enfilarse la noche se había teñido de rabia y de vergüenza. Una rabia densa, pesada,

que ella notaba entrando en su cuerpo para cambiar el color de su gesto. Sus facciones y sus puños se crisparon. Era muy joven para saber que se podía llorar de rabia.

—¿Qué te pasa, tía? No sé si habrá sido por el tripi, pero no me he enterado de nada.

—Joder, joder, Ric, me muero de la vergüenza. Vámonos. Esa canción habla...

—¿Qué pasa? ¿De qué habla la canción?

—Esa canción habla de... Bueno, habla de la señorita Adela. Ric frunció los ojos, intentando concentrarse en la letra.

Los gritos de su madre le crean dolor:
una jaula de oro para una flor.

—Hostia, tú...

Siguió escuchando y agarró a Siberia de la mano para sacarla de la sala.

—Tú no te preocupes, Sibe, que aquí nadie se está enterando de nada. Además, la señorita Adela hoy no iba a venir, ¿no?

No, no iba a ir a ese concierto. No querían que la señorita Adela pisara aquel suelo. Pero a pesar de los esfuerzos que habían hecho se equivocaban, porque, sí, la señorita Adela estaba allí. Discreta, tímida. Invisible. Pero tan presente en el concierto como Siberia y Ric.

—Ven, tía, vamos al baño.

Justo antes de entrar en los aseos, Siberia los vio venir de frente. Sin duda eran ellos dos. La actuación de Teo acababa de finalizar y él de bajar del escenario. Diana lo acompañaba. La rabia porque Teo hubiera sido capaz de reírse de esa manera de la señorita Adela hizo que Siberia pegara un tirón del brazo de Ric y se metieran en el cuarto de baño. Los grupos lo habían usado como camerino y restos de maquillaje manchaban espejos y lavabos.

—Tronca, ¿qué ha pasado? Me has hecho correr cantidad...

—No tiene bastante con reírse de Adela sobre el escenario que encima se pasea con la otra del brazo. No sabes qué rabia me da, joder.

—Ay, mi alma...

Ric entrelazó sus manos en la larga cabellera de su amiga. Apenas consiguió que no quedaran atrapadas en el cardado de la peluca. Hacía poco más de un mes que se conocían, pero tenían la sensación de que iban a pasar juntos el resto de sus vidas. De alguna manera, no se equivocaban.

—Mi alma, ya sabíamos que estaban juntos, ¿no? Sé que te jode cantidad verlos, pero te tiene que dar igual, porque es que tú hoy estás espectacular, ¿no? Esto es lo que esperábamos, y tú hoy estás que rompes el espejo de guapa. Así que, que se jodan ellos. Y lo de la canción, pues sí, es una putada para la señorita Adela, sí. Pero ¿sabes qué? Que tendrán la canción, pero más no podrán componer, porque no tienen ni idea.

A Siberia le gustaba cómo hablaba Ric. Tenía un acento del sur que escuchaba por primera vez indisimulado. Permanecieron abrazados hasta que en el salón de actos comenzó a sonar la siguiente banda. Estos sí que sonaban. No sabía si para bien o para mal, pero sonaban. Cuando quiso darse cuenta, la chupa de cuero de Ric estaba llena de lágrimas.

—Mira, mi alma, así no... —Ric le acariciaba el pelo con cuidado, no quería cargarse aquella melena exagerada que todo el mundo miraba.

—Yo lo intento, de verdad, intento estar bien, ser alegre y no acordarme de Adela, y que me den igual ellos dos...

—No, piba. Tú no lo intentas. Tú lo vas a hacer. Vas a pasar total de ellos, porque hoy llevas un pelo que es un alucine y ellos van como siempre. Esos pinchos que llevan y que dicen que han traído de Londres los he visto yo en el Rastro, ¿lo pi-

llas? Y este vestido rojo es lo más con estos cueros y estos tules de Almacenes Arias que le hemos puesto. Hecho por nosotros mismos, eh. Eso sí que es punk. Vas total. ¿Es el vestido con el que conociste a Aldo?

—Sí, ¿te gusta cómo lo hemos dejado?

Las puertas de los baños empezaron a abrirse. La gente salía de dos en dos, de tres en tres o de tres en cuatro. Los labios bobos. Los ojos siempre de cristal.

—Venga, Sibe, que estos que suenan ahora sí que te van a flipar, ¿no son el grupo de tu amiga Curra?

Siberia asentía mientras pensaba que tenía que retocarse el maquillaje. Punk sí, pero no tanto.

—Y no te preocupes por la cara ahora, que te da un toque muy *underground* —Ric pareció leerle el pensamiento—. Toma, anda, hazme caso y prueba un piquito de esto. Ya verás como se te pasa. Serás virgen con estas cosas, pero seguro que luego le coges gusto.

Y ese fue el momento en el que el vidrio empezó a conquistar los ojos de Siberia. Y, aunque estuviera allí, nadie había visto a la señorita Adela. Nadie volvería nunca a esperarla. Aunque no lo supieran, en aquel momento, cuando Los Pegamoides empezaban a sonar, la señorita había dicho ya sus últimas palabras.

* * *

Los 9 de febrero, en Madrid, hace frío. Casi tanto como si fuera Navidad. El invierno tarda en irse. Más aún en Ciudad Universitaria, donde los vientos de la sierra bajan por la carretera de La Coruña y llevan la temperatura de unas nieves que durarán hasta entrada la primavera. El aire arropa los pinos, se fija en las paredes y, aquella noche, entraba como por su casa en los cuerpos de los jóvenes que salían de la Escuela de Caminos.

—Es la hostia que haya venido la tele.

—¿Viste a Diego Manrique? El de *Popgrama*.

—Sí, un tío total, ¡qué voz!

Se hablaba del éxito de aquel concierto que había sido anunciado por toda la radiotelevisión, también por Radio 3 y Onda Dos. Se hablaba del chico que murió en Nochevieja y al que se le rendía homenaje aquella noche, se hablaba de la banda a la que pertenecía y de las pelás que iban a ganar a partir de ahora los grupos que habían tocado. Todo el país les había visto, hasta la madre que los parió, por Televisión Española. Había un aire de estreno. Un aire de noche. Para muchos un aire ya trabajado que se condensaba en las tachuelas de las chupas, en los halos que dejaban tras de sí las lacas, los tintes artificiales, en el lápiz de ojos, en la ropa ajustada o en la demasiado ancha, en el colorido oscuro que poblaba las voces de todos y que anunciaba una primavera a la que iba a sorprender un temporal de granizo.

Una hora después del fin del concierto Siberia y Ric salían del metro. Eran solo dos jóvenes más entre los muchos que volvían de aquel evento. Seguro que aquella noche había más conciertos, pensaron, en Madrid había tantos como bandas, pero aquel del que venían era, sin duda, en el que había que estar. Cuando llegaron a la plaza del Dos de Mayo —abarrotada a pesar de un aire frío que parecía caer del cielo—, el maquillaje de Siberia no pudo disimular una palidez que nacía de su interior.

—Están ahí, están ahí otra vez.

Diana y Teo acapararon gran parte de las miradas, y varias personas se acercaron a él para darle la enhorabuena. Ella, en cambio, parecía mirar temerosa a su alrededor, como si buscara a alguien. Ric cogió de la mano a Siberia y se la llevó a una

esquina; sabía que el recuerdo de la canción que había escuchado aquella tarde de los labios de Teo, en la Escuela de Caminos, le pinzaba el alma como un cangrejo gigante.

—Ven, tronca, aquí hay más peña, aquí no te verán.

—No, espera. Aguanto un poco más. Para esto me he puesto el vestido rojo, ¿no? Para que me vean. Luego nos iremos a pasarlo bien. Pero de momento aguanto, me joderá, pero no me quiero mover ahora por culpa de ellos. ¿Que Teo ha cantado la canción? Pues muy bien, que la cante, pero por mucho que eso me haya jodido, yo, Siberia, esta noche voy a aguantar.

Se quedaron allí, sentados en el suelo. No paraban de hablar aceleradamente. Como si sus palabras necesitaran salir con el vaho de sus bocas, quedarse prendidas para siempre en las ropas estudiadamente rotas que vestían.

Sin cambiar la postura, Ric levantó la mirada. Era un chico muy guapo, pensó Siberia, siempre afeitado al ras, con un pelo voluminoso que brotaba de él como una corona puntiaguda. Las mandíbulas marcadas ligeramente, dando sombras pálidas a su perfil. Últimamente aquellas ojeras habían crecido y le daban un cierto aire de maldito. Tenía siempre ese punto de desvalimiento justo, lúcido como esa primera fase de las borracheras que es imposible mantener. En ese momento se encorbaba para deshacer un cigarro. Lo aliaría y lo volvería a liar.

—El otro día me encontré con un colega del pueblo, el Pedro. Si vuelve a pasar te lo presento, pero que no nos líe. El otro día me lió y no sabes la pelotera que tuve luego en casa. Estuvo mi pibe dos días buscándome hasta que volví. Menudo viajazo me pegué.

Ella lo miró sorprendida; la sombra de sus cejas, que antes de salir al concierto Ric se había encargado de borrar a base de maquillaje blanco, se le marcó al arrugar la frente. La belleza que había debajo de toda aquella pintura —aunque nerviosa,

alterada— luchaba por salir, pero una costra dura y mortecina de miedo la rodeaba. Los pinchazos de su vientre volvían ahora. Como si tuvieran más fuerza después de haberse retirado.

Ric reparó en su gesto de dolor:

—Ven, anda, ven. Que esta noche no vamos a preocuparnos por nada. ¿Por qué te encorvas? ¿Quieres un poco de esto? Es tate del bueno...

A continuación puso su mano sobre la espalda de su amiga, guiándola hacia la nieve que les esperaba en un trozo de papel albal. Camino del invierno.

Repitieron aquel gesto un par de veces más hasta que, avanzada ya la noche, la plaza empezó a vaciarse. Se les había unido y desunido mucha gente. Algunos conocidos, otros no. Algunos pidiendo, otros ofreciendo. De los que pedían quienes eran amigos algo se llevaron, Ric tenía fama de generoso. De los que ofrecieron también algunos dejaron algo.

Eran ya más de las tres de la mañana cuando Siberia, el pelo ahora más encrespado que nunca, se levantó tambaleándose y alterada. El pulso le temblaba tanto que se diría que los dedos habían cobrado vida, como gorriones asustados. Un líquido ligero, artero, como una riada tímida de agua mansa, bajaba entre sus piernas sin que ella se diera cuenta.

—Venga, nos abrimos, seguro que hay gente por aquí que todavía no hemos visto.

Ric se puso en pie seguro de sí mismo. La euforia caminaba por delante de su cuerpo. Dieron varias vueltas a la misma manzana; no importaba el rumbo, solo el hecho de estar en la calle. Después recorrerían la calle Espíritu Santo, larga como un río.

En medio de aquel trasiego en el que cada uno miraba y clasificaba a todos los demás, Siberia se sentía como un espartapájaros viejo, ladeado, vaciándose con cada golpe de viento. Ric percibía su angustia, su respiración cada vez más agitada,

como si aquel barrio de Maravillas se estrechara reduciendo los sótanos, las viviendas, sus escuetas buhardillas. Y así, en esa noche del 9 de febrero, el sudor fue a más, tanto que borró sus huellas dactilares y toda fricción se deshizo. La piel de sus manos se volvía más resbaladiza, sin recoveco ni arista, y cuanto más fuerte se agarraban, más contacto perdían.

Fue entonces cuando vieron venir de frente a dos chicos vestidos de colores. Entre ellos, una muchacha de aspecto infantil con trazas de haber crecido rápido para después estancarse y acabar enclenque. Eran el centro de atención:

—¡En el nombre del Padre! —gritaba la chica escuálida.

Al oírla todos se desmadejaban como muñecos de lana vieja: la risa no les permitía mantenerse en pie.

Ella, con el pelo moreno y cortado a la altura de los hombros, levantaba el dedo índice en el aire. Era tremendamente guapa. Bailaba dando saltos pequeñitos, sin mantener ningún control sobre sus articulaciones, como si no quisiera cansarse. Pero siempre con el dedo en alto. Siberia no tardó en reconocerla, días antes la había visto murmurando palabras sin sentido, tirada en el sofá de Casa Costus.

—¡Por el perdón de los pecados! —seguía gritando, y cuando decía aquello bajaba el dedo y se lo metía en la boca al primero que tuviera delante. Después lo volvía a meter en una bolsita pequeña y este salía de nuevo con un papelito minúsculo. Al inclinarse y dejar ver su escote, Ric no pudo evitar gritar:

—¡Divina está! ¿Qué es lo que lleva? ¿*California Sunshine*?

Cuando quiso darse cuenta, Ric tenía la mano tendida en vano. Siberia ya no quería volver a agarrarse a él. No lo miraba, pero aún le hablaba:

—¡Mira! ¡Estamos justo en la calle Espíritu Santo! Esto son los ángeles, que nos mandan una señal.

Ric se rio. Se rio con todo su cuerpo, con convulsiones que le agitaron de arriba abajo y que no afectaban a sus ojos de

cristal. Al menos Siberia se estaba relajando un poco y parecía empezar a disfrutar. Ric no podía sospechar que aquella sería la última vez que ella sonreiría. Tampoco sabía que él no volvería a hacerlo sin que sus labios se tiñeran de amargura.

El tumulto los rodeaba, todos querían tomar aquella comunión. Muchos repetían; eso sí que no era pecado, comentaban. Cuando alguien encendió un radiocasete, aquella chica pequeña como una primavera recién cortada echó a andar calle arriba. Allí, sentados en el portal número 23, ya solo quedaban Siberia y Ric y sus ojos cada vez más vidriosos, duros como la boca de una alcantarilla.

De pronto, él sintió una molestia en la clavícula: Siberia se la estaba mordisqueando por encima de la chupa de cuero.

—Estás pasada ya, tía.

—¿Pasada?

—Sí, pasada de rosca.

—¿Qué rosca? Anda, vamos a bailar antes de que te dé un mal viaje.

—Creo que me abro. —Ric articulaba las palabras con dificultad, el sueño y la resaca se abrían paso como un monstruo que se sabe vencedor—. Te voy a subir en un taxi y te vas *pa'* tu keli.

En aquel momento ella se recostó contra el portal. La puerta, mal cerrada, se abrió. Casi cayó en su interior. Trastabillando como una marioneta a la que le faltaran hilos, Siberia se puso de pie y entró en el edificio:

—Que no. Ven por aquí. —Ric se encendió un cigarro y la siguió por las escaleras rumbo a una música estruendosa y metálica, desaforada y desacorde, que sonaba unos pisos más arriba.

—Eh, espera, ¿adónde vas?

Las versiones que Ric repitió, llorando, la noche siguiente, no eran siempre las mismas: las resacas dejan el cuerpo arrin-

conado en lo obvio, en la necesidad básica. Lo libran de matices. Contó que ella lo esperó en el rellano, intentando bailar como aquella chica divina y programada para dar la comunión. Contó que tenía espasmos involuntarios, casi doblándose por la mitad, como un paso recurrente. Todo el mundo bailaba así. Contó también que la agarró por la cintura para hacerla bajar las escaleras, porque la quería llevar a su casa, pero que ella le entendió mal y lanzó su boca abierta y descompuesta contra la de él.

—Como si me quisiera pasar un tripi. Y eso que ya se lo había comido hacía rato.

A veces Ric decía que sí, que Siberia parecía feliz; a veces que no, que en absoluto, y que preguntaba constantemente por Teo y Diana. Comentaba que estuvo un rato hablando con ella, intentando convencerla para que bajara a la calle, y que ella intentaba tocarle el culo. Cuando le cogió la última papelina del bolsillo de atrás y se la metió en la boca se amodorró de pronto, inexplicablemente. «Le has cogido vicio», dijo él. Después Ric acabó por irse, un poco enfadado, dejando que ella durmiera la mona en el portal, porque era incapaz de moverla del rellano.

Los todavía imberbes muchachos que hacían ruido un par de pisos más arriba contaron a la mañana siguiente que a aquella chica con la cara tan maquillada de blanco y cardado alucinante la habían encontrado tirada en las escaleras, con la cabeza en los escalones más bajos y los pies en el primer rellano. Detallaron que un gesto de dolor cruzaba su cara y que tenía las manos en el bajo vientre.

—En el coño —añadió una de las chicas.

No fue el primero, pero tampoco el último cadáver que aparecería en aquel portal. Cuando la encontraron, Siberia pa-

recía que miraba aún, con ojos congelados y abiertos. Al fondo de ellos, en el corredor profundo e íntimo de cada pupila, cualquiera hubiera podido asegurar cómo la vida todavía se escapaba, prematura, culebreando. Cuando volviera a salir a la calle, sus pies no pisarían el pavimento. Muchos siguieron llamándola para pedirle sus servicios, pero su vida se había acabado con la misma decisión con la que, no tantos años antes, había empezado.

* * *

Antes de enterarse, antes de llorar sorbiendo las lágrimas, Ric creía que Siberia probablemente seguiría dormida en el portal. De haberse dado cuenta de que la había dejado medio descalza, no hubiera dudado en ir a por ella para ayudarla a ponerse el zapato grande en el pie desnudo y salir a la calle. Sin embargo, no sabía nada, y lo que más le preocupó fue su resaca, despertar extrañamente solo en una casa que empezaba a sentir como suya aunque no lo fuera. La cara le escocía y una extraña pesadez colgaba de sus ojeras hasta las comisuras de los labios. Un hormigueo violento llenaba su cabeza y hacía demasiado frío como para querer ducharse. Después de vestirse, y antes de abandonar aquel piso pequeño y vacío de la calle Barquillo, escribió en el reverso de un sobre una nota para aquel con quien había esperado despertarse. Después se marchó, cerrando la puerta sin vuelta de llave.

No fue hasta la tarde, la oscuridad ya ennegrecía el barrio de Aluche, cuando desde la calle telefoneó a ese piso que había abandonado por la mañana. Nadie contestó. Extrañado, comprobó el número, apuntado en la servilleta que conservaba con cariño. Al volver a colgar, de nuevo sin respuesta, Ric notó un clavo de extrañeza frunciendo su estómago. Un extraño orín, hecho de presentimiento de angustia, crecía dentro de él,

trepaba por su esófago y amarilleaba su boca. Prefirió seguir en el local de ensayo de los amigos con los que estaba antes que ir a la casa que compartía con más gente. Tampoco quiso dejar un mensaje en el contestador automático. Siempre le daba pereza hablarle a una máquina.

Se aseguró de haber guardado la servilleta, que siempre doblaba con un cuidado casi ceremonial. La conservaba junto con otros mil objetos absurdos, todos testigos de su relación: la camisa que había estrenado por casualidad aquella misma noche, una caja de cerillas del bar Cock, una entrada del cine Olimpia... Pero la servilleta era el recuerdo fundacional. Atesoraba con todo lujo de detalles la imagen de aquellas manos perfectas cogiéndola de un platito donde reposaban unas encima de otras. Y le recordaba sacando una pluma que siempre llevaba en el interior de su chupa.

—Tardan mucho los camareros aquí, o qué les pasa —había sido el comentario que Ric lanzó al aire aquella noche, más por cierta urgencia que por entrar en los ojos de nadie.

Él se rió. Ric le había visto en una ocasión anterior aunque, de alguna forma, esta era la primera vez que lo miraba.

—No sé dónde está la gracia. Tardan mucho, y voy con prisa.

—No me río por eso. —Aquel hombre que ahora le hablaba tenía la belleza enfermiza de la gente con más calavera de la que le corresponde, los ojos ligeramente hundidos, los pómulos como aristas de un poliedro severo. En los labios, finísimos, el brillo del alcohol—. ¿Qué quieres tomar?

—Un cubata de Larios —respondió Ric.

El hombre de pómulos como aristas levantó la mano, como si fuera a chasquear los dedos, pero no fue necesario, porque rápidamente un camarero le atendió. Pidió dos cubatas.

—De ti no pasan como de mí.

Aquel desconocido que pedía copas por Ric, despreocupado de su carisma, volvió a reír.

—No entiendo qué hace un chico tan tierno en un sitio con tanto *velvet* como este —tanteó.

—Lo que todos, lo mismo que tú.

El hombre volvió a sonreír. Tenía los dientes pequeños y ligeramente separados. Pagó las copas.

—Podría pagar yo —dijo Ric sacando la cartera.

—Así pagas la siguiente.

—Te he dicho que tengo prisa, guaperas.

La noche acabó en una esquina de una plaza cercana y oscura. A su alrededor la gente yacía en el suelo. Todos con un brazo extendido. Contra el ángulo recto del chaflán él puso su pierna entre las de Ric y lo apretó con todo su cuerpo: una mano tras la nuca de aquel muchacho, casi adolescente, y la otra en la cintura, estrecha como un asidero.

En ese momento, en aquella plaza, dentro del bolsillo interior de su abrigo ya estaba la servilleta —pensaba ahora Ric, mientras se preguntaba cómo se encontraría Siberia cuando despertara en aquel portal—. Recordó claramente aquella noche cuando sus labios se juntaron, a punto de estallar, mientras la misma erección los recorría a ambos desde los pies hasta la frente. Recordó también la primera vez que lo telefoneó, y cómo volvió a él su nombre al leerlo en la servilleta, aquella A de caligrafía antigua, tan cuidada, que anunciaba el resto del nombre: Aldo Sampedro.

* * *

Adela del Oro le había llamado con la amanecida, ella sí con éxito y, sin más explicaciones, le había pedido que se presentara en su casa, en Hermosilla con Claudio Coello, bajo una promesa: pagaría bien. Aldo salió de su piso en la calle de Barquillo extrañado: ¿por qué lo había llamado a él y no a Siberia?